



mismo, que el reino de Navarra era suyo por derechos antiguos de que se valia; que los franceses hacian mal en apoderarse del gobierno de aquel reino: por conclusion, pedia que por mandado del pontífice el infante D. Enrique su hermano fuese puesto en libertad, que Carlos, rey de Sicilia, se excusaba para no hacerlo con voluntad del pontífice, que no lo queria. Sin embargo, como quier que el pontífice y los cardenales se hiciesen sordos á estas sus demandas, tan justas á su parecer, bufaba de coraje. Finalmente, mal enojado se partió de Francia en sazón que el estío estaba adelante y cerca el otoño.

Vuelto en España no dejó de llamarse emperador, ni las insignias imperiales, hasta tanto que el arzobispo de Sevilla, por mandado del papa, con censuras que le puso hizo que desis-

tiese; solamente le otorgaron los diezmos de las iglesias para ayuda á los gastos de la guerra de los moros. Vulgarmente las llamamos tercias, á causa que la tercera parte de los diezmos que acostumbraban gastar en las fábricas de las iglesias, le dieron para que della se aprovechase; y áun como yo creo, y es así, no se las concedieron para siempre, sino por entónces por tiempo determinado y cierto número de años que señalaron. Este fué el principio que los reyes de Castilla tuvieron de aprovecharse de las rentas sagradas de los templos; este el fruto que D. Alonso sacó de aquel viaje tan largo y de tan grandes afanes; esta la recompensa del imperio que á sin razon le quitaron, alcanzado sin duda sin soborno y sin dinero, de fin y remate desgraciado.

CAPÍTULO XII

Mahomad, rey de Granada, resuelve apoderarse de toda la Andalucía.—Convida con una embajada al de Marruecos á que se junte con él y le ayude.—Este levanta gentes en sus estados, y se prepara para hacer la guerra á la España.—Se apodera de Algecira y Tarifa, y desembarca un poderoso ejército.—Los reyes moros resuelven en Málaga en qué forma harán la guerra.—Los reyes de Castilla, Aragon y el de Francia resuelven juntarse para tratar este negocio, y D. Sancho desbarata esta junta con sus mañas.—Tienen otra conferencia en Tolosa, que fué igualmente inútil.—D. Alonso y D. Sancho tienen una conferencia con D. Pedro de Aragon, y hacen alianza defensiva y ofensiva.—Se parten entre sí el reino de Navarra y resuelven conquistarlo.—D. Juan Nuñez de Lara hace correrías desde Albaracin en los reinos de Castilla y Aragon.

Á esta misma sazón el rey de Marruecos Jacob Abenjuzeph, como se viese enseñoreado de África, sabidas las cosas de España, es á saber, que por la partida del rey D. Alonso, el Andalucía quedaba desapercibida y sin fuerzas, estaba dudoso y perplejo en lo que debía hacer. Por una parte le punzaba el deseo de vengar las injurias de su nacion tantas veces por los nuestros maltratada, por otra le detenía la grandeza del peligro; demas que de su natural era considerado y recatado, mayormente que para asegurar su imperio, que por ser nuevo andaba en balanzas, se hallaba embarazado con muchas guerras en África, cuando una nueva embajada que le vino de España le hizo tomar resolucion y aprestarse para aquella empresa. Fué así que Mahomad, rey de Granada, como quien tenía más cuenta con su provecho que con lo que habia jurado ni con la lealtad, conforme á la costumbre de aquella nacion, luégo que se partió de la presencia del rey D. Alonso, con quien se confederó en Sevilla, vuelto á su tierra, sin dilacion propuso en sí de abrir la guerra y apoderarse de toda la Andalucía; hazaña que sobrepujaba su poder y fuerzas.

Quejábase que lo que de su gente quedaba,

estaba reducido en tanta estrechura que apenas tenía en qué poner el pié en España, y eso á merced de sus enemigos, y con carga de parias que les hacian pagar cada un año. Que los de Málaga y de Guadix, confiados de las espaldas que el rey D. Alonso les hacia, nunca cesaban de maquinan cosas en daño suyo, y que no dudarian de movelle nueva guerra luégo que el tiempo de las treguas fuese pasado. Puesto en estos cuidados via que no tenía fuerzas bastantes contra la grandeza y riquezas del rey D. Alonso, puesto que ausente. Resolvióse con una embajada de convidar al rey de Marruecos para que se juntase con él y le ayudase; príncipe poderoso en aquel tiempo y muy señalado en las armas. Decia ser llegado el tiempo de vengar las injurias y agravios recibidos de los cristianos: que los grandes imperios no se mantienen y conservan con pereza y descuido, sino con ejercitar los soldados y entretenellos siempre con nuevas empresas: que el derecho de los reinos y la justicia para apoderarse de nuevos estados consiste en las fuerzas y en el poder: mantener sus estados es loa de poco momento, conquistar los ajenos oficio de grandes príncipes: que si ellos no acometian y amparaban las reliquias de la gente mahome-



tana en España, forzosamente serian acometidos en África: en cuanto se debía estimar con sujetar una provincia poner casi en otro mundo los trofeos de sus victorias y de su gloria, y en un punto juntar lo de Europa con lo de África.

Movido por esta embajada el rey de Marruecos, determinó hacer guerra á España. Mandó levantar gente por todas sus tierras: no se oía por todas partes sino ruido de naves, soldados, armas, caballos y todo lo al. Ninguna cosa le aquejaba tanto como la falta del dinero, y el cuidado de encubrir sus intentos por temor que si los nuestros fuesen sabidores dellos, los hallaria apercebidos para la defensa, y para rechazar los contrarios. Por el uno y por el otro respeto con embajadores que envió al rey D. Jaime de Aragon, le pidió dineros prestados, con color que se le habia rebelado un señor moro su vasallo y entrado en Ceuta; cosa que por el sitio de aquella plaza, que está cerca del Estrecho de Gibraltar, era de consideracion, y si no se prevenia con tiempo, podria acarrear daño á las marinas de África y de España. Cuanto mayor era el cuidado de encubrir estos deseos, tanto la mal enfrenada fama se aumentaba más, como acontece en las cosas grandes; que fué la causa para que ni el rey de Aragon le enviase dineros, ni los de Castilla se descuidasen en apercebirse de lo necesario. Verdad es que todo procedia de espacio por la ausencia del rey D. Alonso, y porque su hijo D. Fernando se detenia en Búrgos, donde aportó despues que visitó el reino.

Envio, pues, el moro en primer lugar desde África alcaides que se apoderasen y tuviesen en su nombre las ciudades de Algecira y Tarifa, segun concertó que se las entregaria el rey de Granada, para que sirviesen como de baluartes, asiento y reparo de la guerra que se aparejaba. Despues desto echó en España gran gente africana, en número diez y siete mil caballos; y dado que no se refiere el número de los infantes, bien se entiende fueron muchos, conforme á la hazaña que se emprendia y al deseo que llevaban. Lo primero que se procuró fué de reconciliar todos los moros entre sí, y hacer olvidasen las discordias pasadas, lo cual

con la autoridad del rey de Marruecos, y á su persuasion se efectuó, que se avinieron los de Málaga y Guadix con el rey de Granada. Tuviron junta en Málaga para resolver en qué forma se haria la guerra. Fueron de acuerdo que la gente se dividiese en dos partes, porque no se embarazasen con su multitud, y para con más provecho acometer las tierras de cristianos. Con esta resolucion el rey de Marruecos tomó cargo de correr la campaña de Sevilla: el de Granada se encargó de hacer entradas por las fronteras de Jaen.

Era D. Nuño de Lara frontero contra los moros. Avisó al infante D. Fernando que con toda presteza enviase toda la más gente que pudiese, porque el peligro no sufria dilacion. El mismo, arrebatadamente con la gente que pudo, se metió en Écija por do era forzoso pasase el rey de Marruecos; ciudad bien fuerte, y que no se podia tomar con facilidad. Concurrió otrosí gran nobleza de las ciudades cercanas movidos por la fama del peligro, y convidados por las cartas que D. Nuño les enviara. Confiados, pues, en la mucha gente, y porque los bárbaros no cobrasen mayor esfuerzo si los nuestros daban muestras de miedo, salió de la ciudad do se pudiera entretener, y puestos sus escuadrones en ordenanza, no dudó de encontrarse con el enemigo.

Trabóse la pelea, en que si bien los moros al principio iban de caída, en fin vencieron por su muchedumbre, y los fieles fueron desbaratados y puestos en huida. El mismo D. Nuño murió en la pelea, y con él doscientos y cincuenta de á caballo, y cuatro mil infantes. Los demas se recogieron á la ciudad que caia cerca, como á guarida, lo que tambien dió á algunos ocasion para que no hiciesen el postrer esfuerzo. La cabeza de D. Nuño, varon tan esforzado y valiente, enviaron al rey de Granada en presente, que le dió poco gusto por acordarse de la antigua amistad, y que por su medio alcanzó aquel reino que tenia; así la envió á Córdoba para que junto con el cuerpo fuese sepultada.

Esta desgracia tan señalada, que sucedió el año de mil y doscientos y setenta y cinco por el mes de Mayo, causó gran tristeza en todo el



reino, no tanto por el daño presente cuanto por el miedo de mayor peligro que amenazaba. Algun consuelo y principio de mejor esperanza fué que el bárbaro, aunque victorioso y feroz, no se pudo apoderar de la ciudad de Écija; pero sucedió otra nueva desgracia. Esta fué que don Sancho, arzobispo de Toledo, con el triste aviso desta jornada, juntado que hobo toda la caballeria que pudo en Toledo, Madrid, Guadalupe y Talavera, se partió á gran priesa para el Andalucía. Los moros de Granada talaban los campos de Jaen, robaban los ganados, mataban y cautivaban hombres, ponian fuego á los poblados, finalmente, no perdonaban á cosa ninguna que pudiese dañar su furor y saña. Á éstos, pues, procuró de acometer el arzobispo con mayor osadía que consejo; herviale la sangre con la mocedad; deseaba imitar la valentia del rey su padre; pretendia quitar á los moros la presa que llevaban; y dado que los más cuerdos eran de parecer que debian esperar á don Lope de Haro, que sabian marchaba á toda furia y en breve llegaria con buen escudron de gente; que no era justo ni acertado acometer con tan poca gente todo el ejército enemigo, prevaleció el parecer de aquellos que decian, si le esperaban, á juicio de todos sería suya la gloria de la victoria.

So color de honra buscaron su daño; trabada la batalla, que se dió cerca de Mártos á los veintuno de Octubre, fácilmente fueron los fieles vencidos, así por ser menos en número, como por ser soldados nuevos, los moros muy ejercitados en el arte militar. La huida fué vergonzosa; los muertos pocos para victoria tan señalada. Prendieron al arzobispo D. Sancho, y como quier que hubiese diferencia entre los bárbaros sobre de cuál de los reyes sería aquella presa, y estuviesen á punto de venir á las manos, Atar, señor de Málaga, con la espada desnuda le pasó de parte á parte diciendo: «No es justo que sobre la cabeza deste perro haya tienda entre caballeros tan principales.» Muerto que fué, le cortaron la cabeza y la mano izquierda en que tenia el anillo pontifical. Este estrago fué tanto de mayor compasion y lástima, que pudieran los bárbaros ser destruidos en aquella pelea, si los nuestros tuvieran un

poco de paciencia y no fueran tan amigos de su honra; porque D. Lope de Haro sobrevino poco despues, y con su propio escudron volvió á la pelea, y con maravillosa osadía forzó los moros á retirarse, pero no pudo vencellos á causa de la oscuridad de la noche que sobrevino.

El cuerpo, mano y cabeza del arzobispo don Sancho, todo rescatado á precio de mucho oro, enterraron en la capilla real de Toledo, título de Santa Cruz, en que estaban sepultados el emperador D. Alonso y su hijo D. Sancho el Deseado. Sucedióle D. Hernando, abad de Covarrubias, en el arzobispado, y amovido éste á cabo de seis años por mandado del Padre Santo, que nunca quiso confirmar ni aprobar esta eleccion, ántes él mismo renunció el arzobispado, sucedió en la silla de Toledo por eleccion del papa D. Gonzalo, segundo deste nombre, que primero fué obispo de Cuenca y despues de Búrgos. Este dicen que fué cardenal, y Onuphrio lo afirma; en Santa María la Mayor en Roma hay un sepulcro de mármol suyo, segun se dice, con esta letra:

HIC DEPOSITUS FUIT QUONDAM DOMINUS GONSALVUS
EPISCOPUS ALBANENSIS. OBIT ANNO DOMINI
M. CC. LXXXXVIII.

Quiere decir: Aquí yace D. Gonzalo, obispo que ya fué albanense. Finó año del Señor mil y doscientos y noventa y nueve; fué natural de Toledo, del linaje de los Gudieles, á lo que se entiende.

El año en que vamos, por estos desastres aciagos, le hizo más notable la muerte del infante D. Fernando; murió de enfermedad en Villareal por el mes de Agosto. Iba á la guerra de los moros, y esperaba en aquella villa las compañías de gente que se habian levantado, cuando la muerte le sobrevino. No es menos sino que todo el reino sintió mucho este desman y falta, endechas y lutos asaz; su cuerpo enterraron en las Huelgas. Su muerte causó al presente gran tristeza, y adelante fué ocasion de graves discordias, como quiera que el infante D. Sancho su hermano porfiase que le venia á él la sucesion del reino por ser hijo segundo del rey D. Alonso, que todavía vivia, si bien D. Fernando dejó dos hijos de su mu-



jer la infanta doña Blanca, llamados D. Alonso y D. Fernando, encarecidamente encomendados al tiempo de su muerte á D. Juan de Lara, que fué hijo mayor de D. Nuño de Lara.

El infante D. Sancho, como mozo que era, ingenio agudo y de grande industria para cualquier cosa que se aplicase, en aquel peligro de la república se hizo capitán contra los moros, y con su valor y diligencia refrenó la osadía de los enemigos. Puso guarniciones en muchos lugares, y excusó la pelea con intento que el ímpetu con que los bárbaros venían, se fuese resfriando con la tardanza, que fué un consejo saludable. También se alteraron los moros de Valencia, que nunca fueron fieles, y entónces, perdido el miedo por la vejez del rey D. Jaime, y llenos de confianza por lo que pasaba en el Andalucía, al principio de aquella guerra se estuvieron quedos y á la mira de lo que sucedía; como supieron que los suyos vencían, se resolvieron juntar con ellos sus fuerzas, y á cada paso en tierra de Valencia se hacían conjuraciones de moros, si bien D. Pedro, infante de Aragón, por mandado de su padre era ido con un escuadrón de soldados á las fronteras de Murcia, y destruía los campos de Almería con quemas y robos.

Las cosas de los navarros no andaban más sosegadas en aquel tiempo. Como Felipe, rey de Francia, hobiese concertado á doña Juana, heredera de aquel reino, con su hijo Felipe, que le sucedió despues y tuvo sobrenombre de Hermoso, envió por virrey de Navarra á Estéban de Belmarca, de nacion frances, quitado aquel cargo á Pedro de Montagudo. No tenía bastante autoridad un hombre forastero para apaciguar los alborotos que andaban, y aquellas parcialidades tan enconadas, mayormente que Pedro de Montagudo, movido de la afrenta que se le hizo en removelles del gobierno, y García Almoravides, que siempre se mostró aficionado á los reyes de Castilla, se declararon por caudillos de los alborotados. Dentro de la misma ciudad de Pamplona se trabaron pasiones, y vinieron á las manos el un bando con el otro. La porfía y crueldad fué tal, que se quemaban las mieses, y batían á las paredes los hijos pequeños con mayor daño del bando que seguía

á los franceses. Al mismo Pedro de Montagudo, que pasado el primer disgusto, inclinaba al bando frances, y que ora fuese por deseo de quietud, ora á persuasión de otros, ya tenía pensado de pasarse á su parte, como lo entendiesen los del bando contrario, le mataron. Indigno de tal desastre por sus muchas virtudes, de que ningun ciudadano de su tiempo era más adornado; varón noble, rico, de buena presencia, prudente y de grandes fuerzas corporales.

El año siguiente, que del nacimiento de Cristo se contaba mil doscientos setenta y seis, fué señalado por la muerte de tres pontífices romanos; éstos fueron: Gregorio X, Inocencio V y Adriano V. El pontificado de Inocencio fué muy breve, es á saber, de cinco meses y dos dias. El de Adriano de solos treinta y siete dias, en cuyo lugar sucedió Juan XXI de este nombre, natural de Lisboa, hombre de grande ingenio, de muchas letras y doctrina, mayormente de dialéctica y medicina, como dan testimonio los libros que dejó escritos en nombre de Pedro Hispano, que tuvo ántes que fuese papa. Hay un libro suyo de medicina que se llama *Tesoro de pobres*. Su vida no fué mucho más larga que la de sus antecesores. Á los ocho meses y ocho dias de su pontificado en Viterbo, murió por ocasion que el techo del aposento en que estaba se hundió. Sucedióle Nicolao III, natural de Roma, y de la casa Ursina. En este mismo tiempo en Castilla se abrían las zanjias y echaban los cimientos de guerras civiles que mucho la trabajaron. Fué así que el infante D. Sancho granjeaba con diligencia las voluntades de la nobleza y del pueblo; usaba halagos, cortesía y liberalidad con todos, como quiera que todo esto faltase en el rey su padre, por do el pueblo había comenzado á desgraciarse. Aumentó este disgusto la jornada de Francia, tan fuera de sazón y propósito; y casi siempre acontece que á quien la fortuna es contraria, le falta el aplauso de los hombres.

Deseaba el vulgo novedades, y juntamente (como acontece) las temía: algunos de los principales á punto de alborotarse, otros por ser más recatados se entretenían, disimulaban y estaban á la mira. D. Lope de Haro, que era



de tanta autoridad y prendas, se había reconciliado en Córdoba con el infante D. Sancho: con los moros, cuya furia algun tanto amansaba, se asentaron treguas por espacio de dos años; el rey de Marruecos, hecho este concierto desde Algecira, do tenía sus reales y su gente, pasó en África. D. Sancho á gran priesa se fué á Toledo con color de visitar al rey su padre, que poco ántes de Francia, por el camino de Valencia y de Cuenca, era llegado á aquella ciudad, fuera de que publicaba tener negocios del reino que comunicar con él. Esta era la voz: el cuidado que más le aquejaba era de asentar el derecho de su sucesión, que pretendía encaminar con voluntad de su padre y de los grandes. Comenzóse á tratar este negocio; encargóse D. Lope de Haro de dar principio á esta práctica que dió mucho enojo al rey don Alonso: llevaba mal se tratase en su vida tan fuera de sazón de la sucesión del reino, junto con que se persuadía que conforme á derecho, sus nietos no podían ser excluidos, y por el amor que en particular les tenía, pesábale grandemente que se tratase de hacer novedad. Mas por consejo del infante D. Manuel su hermano, ya grande amigo de D. Sancho, se determinó que se llamasen y juntasen córtes en Segovia, con intento que allí se determinase esta diferencia. Tratóse el negocio en aquellas córtes, y ventiladas las razones por la una y por la otra parte, en fin, se vino á pronunciar sentencia en favor de D. Sancho: si con razón y conforme á derecho, ó contra él, no se sabe, ni hay para qué aquí tratallo. Lo cierto es que prevaleció el respeto del pro comun, y el deseo del sosiego del reino. Todos se persuadían que si D. Sancho no alcanzara lo que pretendía, no reposaría ni dejaría á los otros que reposasen. Su edad era á propósito para el gobierno, su ingenio, industria y condicion muy aventajadas: el amor que muchos le tenían, grande, su valor muy señalado. Esto pasaba en Castilla.

En Aragón el rey D. Jaime usaba de toda diligencia para sosegar el alboroto de los moros, si pudiese por maña, y si no por fuerza. Con este intento discurría por las ciudades, villas y lugares del reino de Valencia: hobo en

diversas partes muchos encuentros; cuándo los unos vencían, cuándo los otros. En particular al tiempo que el rey estaba en Játiva, los suyos fueron destrozados en Luxen: el estrago fué tal y la matanza, que desde entónces comenzó el vulgo á llamar aquel dia, que era mártes, de mal agüero y aciago. Murió en la batalla Garci Ruiz de Azagra, hijo de Pedro de Azagra, señor de Albarracín, noble príncipe en aquel tiempo: fué preso el comendador mayor de los Templarios. La causa principal de aquel daño fué el poco caso que hicieron del enemigo; cosa que siempre en la guerra es muy perjudicial. El rey, por la tristeza que sintió de aquella desgracia, y por tener ya quebrantado el cuerpo con los muchos trabajos, á que se llegó una nueva enfermedad que le sobrevino, dejó el cuidado de la guerra al infante D. Pedro su hijo, y él se fué á Algecira, que es una villa en tierra de Valencia. Allí aquejado del mal y desafiucado de los médicos, entregó de su mano el reino á su hijo que presente estaba: dióle asimismo consejos muy saludables para saberse gobernar. Esto hecho, él se vistió con el hábito de San Bernardo con intento de pasar lo que le quedaba de vida en el monasterio de Poblete, en que quería ser enterrado. No le dió la dolencia tanto lugar, falleció en Valencia á veintisiete de Julio: príncipe de renombre inmortal por la grandeza de sus hazañas, y no sólo valiente y esforzado, sino de singular piedad y devoción, pues afirman del edificó dos mil iglesias: yo entiendo que las hizo consagrar ó dedicar conforme al rito y ceremonia cristiana, y de mezquitas de Mahoma las convirtió en templos de Dios.

En las cosas de la guerra se puede comparar con cualquiera de los famosos capitanes antiguos: treinta veces entró en batalla con los moros, y siempre salió vencedor, por donde tuvo sobrenombre y se llamó el rey D. Jaime el Conquistador. Reinó por espacio de sesenta y tres años: fué demasíadamente dado á la sensualidad, cosa que no poco oscureció su fama. De la reina doña Violante tuvo estos hijos: don Pedro, D. Jaime, D. Sancho, el arzobispo ya muerto, doña Isabel, reina de Francia, doña Violante, reina de Castilla, doña Constanza,